

## DECRETA:

Acéptanse las anteriores renunciaciones, y nómbrese para proveer los puestos vacantes a los señores colegiales:

don Próspero Benavides, B. A.,  
don Arturo Posada, B. A.,  
don Teófilo Noriega, B. A.,  
don Luis Antonio Gutiérrez, B. A.

Dado en Bogotá, a los diez días del mes de enero de mil novecientos veinticinco.

El Rector,

R. M. CARRASQUILLA

*Ernesto Merizalde Durán*, Secretario.

---

## CARTAS DE LIMA

---

### I

Lima, 19 de diciembre de 1924.

Señor doctor Jenaro Jiménez.—Bogotá.

Respetado y queridísimo amigo:

Terminados los festejos oficiales que no nos han dejado punto de reposo, aprovecho la relativa calma de estos últimos días para comunicarle mis impresiones, tales como las he sentido, sin datos científicos, históricos y estadísticos, que se pueden hallar en los libros. Las escenas han sido tantas y tan rápidas, que es probable que varias de mis observaciones no se ajusten a la realidad de las cosas. Pero seré, como de costumbre, sincero. En estas cartas, escritas a vuelo de pluma, habrá errores pero no mentiras. El viaje fue sumamente

feliz; ni aun tuve la incomodidad del mareo. Lo hice en compañía del doctor Carlos Lozano y Lozano, secretario del Colegio, de los delegados de la Cámara de Representantes, y del coronel Carlos Padilla, de la misión militar. A todos le soy deudor de las más delicadas atenciones. Ya usted sabe las que recibí de los hijos del Colegio del Rosario en Barranquilla, Santa Marta y Ciénaga. Una de las felicidades que disfrutamos los rosaristas es la de tener hermanos y amigos en todas las poblaciones de la nación, de suerte que a donde quiera que vayamos, nos hallamos en nuestra propia casa. No ignora usted tampoco las bondades del señor obispo de Santa Marta y de los gobernadores del Atlántico y el Magdalena para conmigo; ni la emoción con que visité la Quinta de San Pedro Alejandrino. Iba yo al Perú a conmemorar la máxima y postrimera gloria de Bolívar, y me hallaba en el lugar donde murió, desterrado, pobre, creyendo que había arado en el mar. Empecé a rezar un *de profundis* por el alma del Padre de la Patria; se me embargó la voz y hube de terminar mentalmente.

El miércoles tres de diciembre, amanecimos frente al Callao. Un rato después, llegaron al barco, a recibir a la Delegación colombiana el doctor Fabio Lozano, nuestro Ministro en Lima, y otros dos caballeros en nombre de la Cancillería del Perú. Pasamos a tierra, en la lancha de la capitanía del puerto; contestamos el atento saludo del prefecto de la provincia y del alcalde de la ciudad, nos descubrimos ante la estatua del almirante Grau; y yo empecé, en compañía del doctor Lozano y de sus hijos, a rodar en automóvil por la carretera, pavimentada de cemento y orlada de viñedos en flor y de quintas de recreo, que aquí se llaman «ranchos.» Media hora después, íbamos entrando a la ciudad, fun-

dada por Pizarro, hija mimada de España, protegida por Sanmartín y libertada por Bolívar.

El cielo estaba gris y se amontonaban en él espesos nubarrones que, en cualquier otra parte del mundo, habrían sido anuncio de un aguacero torrencial. El aire ambiente, tibio como en «La Esperanza.» Lo primero que me llamó la atención fue la falta de techo de los edificios. Me acordé de las vistas de Pompeya, de Jerusalém; pero una Pompeya antes de la erupción del Vesubio, hirviente de vida, de movimiento, de placer; una Jerusalém con artísticas fachadas, entre un nido de árboles y de flores. Al paso iba columbrando el interior de las casas, abiertas de par en par, como el corazón de los peruanos, para recibir a toda hora al huésped y al amigo. Una gran puerta, de madera o de hierro, da entrada inmediata, sin la cautela enojosa del zaguán, a un patiecito, enlosado de mármol y adornado de plantas vivas y de tiestos de flores. En los tres costados empiezan las habitaciones que se prolongan hacia el fondo, separadas por laberínticos pasillos.

En las calles, una multitud compacta; por el centro y en opuestas direcciones, dos filas interminables de automóviles; por las aceras, las gentes de a pie, con vestidos claros; tocados los hombres con el sombrero de paja, que allá nombramos, con vocablo galicado, «cannotier» y acá con el simpático nombre de «sarita»; las mujeres, con la clásica mantilla española, negra o blanca.

Estoy alojado en el palacio—porque lo es en la construcción y en el mueblaje—de la Legación colombiana. Digo mal: estoy viviendo en la casa del doctor Lozano. El y su familia, digna ella de él y él digno de ella, me han tratado con una magnificencia como si yo fuera un príncipe, y con tal confianza y cariño como si yo

fuese su hermano. Nunca podré pagar tantas finezas con otras semejantes; felizmente correspondo a su afecto con uno igual al que recibo.

La primera solemnidad a que asistí fue la bendición de la fachada de la vasta iglesia de María Auxiliadora, que los salesianos, dirigidos por nuestro inolvidable padre Briata, acaban de terminar. Allí conocí y saludé por primera vez al jefe del Estado, don Augusto B. Leguía.

Es un hombre que frisa en los sesenta años, de mediana estatura, enjuto de carnes, ojos negros y luminosos, nariz aguileña, sonrosada tez, bigote blanco y recortado, boca impregnada de suavidad. Es tal la superioridad de su porte y maneras, que un extranjero que le vea, sin insignias de mando, departir en un corro de amigos, dice sin vacilar: «Este es el Presidente de la República.» Nada de estiramiento ni afectación; es la cultura superlativa, la que no se deja sentir, la que no tiene color ni sabor, como no los tiene el agua pura. No parece el señor Leguía hecho de carne y hueso, sino de resortes de acero. Ha asistido a todas las solemnidades, que se han sucedido sin descanso, como escenas de cinematógrafo, de las diez de la mañana de cada día hasta la aurora del siguiente, sin dar la menor muestra de disgusto, abatimiento o cansancio.

No me creo autorizado para juzgar al jefe del Estado en su política interna. Pero llevo la convicción de que el señor Leguía es amigo sincero de Colombia, que ha firmado el tratado con nosotros, venciendo resistencias; de que es un católico de veras, que confiesa en público su fe; de que los mayores progresos materiales que se admiran aquí son obra suya. Me ha tratado con la más exquisita benevolencia; ¡ojalá sepa él algún día que no he aprendido a olvidar los beneficios!

Lima, sin contar los lindos balnearios de la costa,

es una tercera parte mayor que Bogotá. Las calles de lo que podría llamarse la ciudad vieja son tan angostas como las nuestras; la mayor parte asfaltadas; algunas con piso de adoquines, sin que falten muchas toscamente empedradas, como las de nuestro barrio de Santa Bárbara. Por ellas circulan día y noche más de cinco mil automóviles, amén de tranvías, y es de admirar el prodigio permanente de que no haya una catástrofe en cada esquina. Débese a los polizontes, respetados y obedecidos, a la habilidad de los conductores y—me parece a mí—al carácter peruano: porque cada «chauffeur» no sólo se preocupa de no ser atropellado, sino de no atropellar a los demás. Por eso las gentes de a pie atraviesan sin cesar y por cualquier parte, lentamente, de una a otra acera de la calle.

Las de Lima no están numeradas y conservan los nombres tradicionales, v. g. Santa •Teresa, Padre Jerónimo, Mariquitas. Cada serie de calles lleva el nombre de girón. El más concurrido es el de la Unión, de cinco cuadras de largo que va de la plaza de Armas o de la Catedral, a la de San Martín. Es en Lima lo que la calle real en Bogotá.

Se compone la ciudad nueva, que crece como espuma, al occidente, en dirección al mar, de una red de avenidas, anchísimas, con amplias aceras para los peatones y dos vías destinadas a los automóviles, separadas entre sí por jardines floridos, con palmeras, árboles y estatuas. A uno y otro costado, se alinea una fila de palacios flamantes. Las casas particulares son de fábrica muy ligera. El piso inferior de paredes angostas, de adobes o ladrillos; el superior, de cañas entrelazadas; y no se necesita más, puesto que los muros no tienen peso alguno que sostener. No hablo de las iglesias y conventos, que serán asunto de otra carta; ni de novi-

simas construcciones, de varios pisos, de ladrillo y de cemento armado; ni de imponentes edificios coloniales. El Presidente ocupa el mismísimo palacio de Pizarro, que llena un costado íntegro de la plaza de Armas; si Felipe IV de España resucitara y viniera a vivir en la que fue mansión de los marqueses de Torre Tagle, hoy Ministerio de Relaciones Exteriores, no extrañaría sino el traje de los criados y las bombillas de luz eléctrica, que reemplazan a la llama de las bujías de los macizos candelabros de plata y en las enormes lámparas artísticamente cinceladas.

En el Perú—y es preciso que se lo sepa bien en nuestra tierra—Colombia es objeto de admiración y de intenso afecto. Empecé a advertirlo en el barco, donde iban varias personas de provincia a las solemnidades centenarias y acabé por persuadirme de ello, hasta la saciedad, desde que llegué a Lima. Si estos sentimientos sólo se hallaran en las regiones oficiales, una persona suspicaz podría atribuirlos a miras políticas o planes diplomáticos; pero lo mismo hablan y proceden los amigos que los adversarios del Gobierno, los hombres de letras y las aristocráticas damas que el auriga, el barbero y el limpiabotas. Para las clases elevadas, Colombia es un suelo de belleza paradisiaca, la Atenas hispanoamericana, cuna siempre renovada del talento, morada de la cultura y gracia. Para las gentes menos educadas...

—Usted, señor—me preguntó un barbero—ha venido, pues, a ver el centenario?

—Sí, señor, he venido de Colombia.

—Ah! Entonces es compatriota del ministro Lozano, y del poeta Valencia.

Ser compatriota, y más ser amigo del ministro Lozano, es aquí llave que abre todas las puertas y todos los

corazones. Para conocer en su plenitud lo que vale, como patriota y como diplomático, nuestro representante, es preciso venir a esta ciudad. El tratado de límites entre Colombia y el Perú, firmado por los plenipotenciarios de los dos estados y que sólo espera para entrar en vigencia la aprobación de uno y otro congreso, es altísimo timbre de honor y gratitud para los presidentes y los ministros de relaciones exteriores que lo han conducido. Y lo será para los cuerpos legislativos que lo sancionen, porque pondrá fin a un litigio secular, estrechará la hermandad de dos pueblos que fueron compañeros de infortunios y de victorias, y dejará señalados los linderos de dos países vecinos. El mérito subido del doctor Lozano consiste en la inteligencia, tesón y habilidad con que ha desarrollado las instrucciones de nuestra cancillería. «Habilidad» he escrito; no la que consiste en el disimulo y el engaño, sino la que se funda en estos dos principios: la mejor diplomacia es la verdad; la sencillez es el camino más corto para lograr los propósitos honrados.

Demás de esto, el doctor Lozano, dando a conocer nuestra nación y nuestros hombres, y dándose a conocer él mismo, ha acrecentado la estimación y simpatía hacia Colombia. Y él ha sabido avivar en el Perú la admiración y gratitud al Libertador Bolívar.

He esbozado en esta ya enojosa carta el teatro y algunos de los actores de la mágica escena a que he asistido; en la próxima epístola trataré de describirsela, a lo menos en parte.

Soy su sincero estimador y amigo afectísimo,

R. M. CARRASQUILLA



## II

Lima, 22 de diciembre de 1924

Señor doctor Jenaro Jiménez—Bogotá.

Mi siempre recordado amigo:

Para darle cuenta por menor de lo que ha pasado aquí, se necesitaría un volumen, y ni yo tengo tiempo de escribirlo, ni usted tendría paciencia de leerlo. Además, aunque he sido muy invitado, no he querido asistir sino a los actos compatibles con el carácter sacerdotal y con ligeros quebrantos de salud que me obligaron algunas veces a guardarme en la casa.

Así es que va usted a quedarse sin noticia de las corridas del torero Belmonte, de las carreras de caballos, de los conciertos del tenor del Muro, de los bailes en los palacios de Pizarro y Torre Tagle, de los banquetes en las embajadas, y hasta de la revista militar mandada por el general Pershing; del drama de Villaspesa, en que Bolívar es protagonista, y de la velada literaria en que Chocano recitó uno de los cantos de su poema al Libertador, después de un exordio de Valencia y antes de un epílogo de Lugones. En cambio, pienso hablarle en otra carta de los monumentos y recuerdos religiosos de Lima, que vivirán intactos en mi memoria, aun después de que hayan huído de ella palacios y avenidas, recepciones y desfiles, música y luminarias y discursos. La iluminación de la ciudad ha sido un espectáculo de magia, digno de «Las mil y una noches.» Todos los edificios de la Plaza de Armas, sin excluir las altas torres de la Catedral, estaban dibujados en todos sus pormenores arquitectónicos, con líneas de fuego, sobre el fondo negro de las tinieblas nocturnas; y lo mismo las casas del girón de la Unión, y

los palacios de las Cámaras y de las nuevas avenidas y la elegante y solitaria torre de la Universidad de San Marcos. En los arcos triunfales, erigidos a trechos, se destacaban con vivos colores los escudos heráldicos de las Repúblicas bolivianas. Y las elevadas palmeras se hallaban cubiertas, a lo alto de los estipes y a lo largo de las frondas, con innúmeras, diminutas bombillas eléctricas. Imagínese las usted, movidas por la brisa. Las estatuas de bronce tomaban, con aquella iluminación, la blancura transparente del alabastro. No había presenciado yo cosa semejante y, sin embargo, no me sorprendió como habría sido de esperar, porque aunque no lo había visto, lo había soñado algunas veces.

El día 9 a las diez y media de la mañana, la misma hora en que empezó un siglo antes la batalla de Ayacucho, se cantó el *Te Deum*, seguido de la misa pontifical. A lo largo de la nave de la catedral limeña, que tiene cien metros de longitud, estaban alineadas cuatro filas de asientos, que dejaban ancha calle en el medio, y en ellas los embajadores extraordinarios de casi todas las naciones del globo; el Japón, incógnita del porvenir; el para nosotros ignorado Siam; China, cuyo origen se pierde en las brumas de la prehistoria; las estables y pacíficas monarquías de Suecia y Dinamarca, los recién nacidos estados de Polonia y Yugoslavia; Alemania grande aunque vencida; Suiza, Holanda, la heroica Bélgica, tan pobres en extensión territorial como ricas en bienestar y cultura; Inglaterra, señora de los mares, y, por lo mismo, árbitro de las tierras que ellos bañan; Italia, cuna y relicario de la civilización; Francia, maestra del universo; la madre España, origen de todo lo que somos. Con los europeos, los de las repúblicas americanas, del estrecho de Behring al de Magallanes. Estaban los embajadores presididos por el de la Santa

Sede Apóstólica, acompañado de guardias nobles pontificios, con sus elegantes vestidos y con el mismo encrestado casco de los legionarios de Augusto.

Seguían los ministros residentes de muchas de las potencias citadas; los senadores, diputados, magistrados de justicia, jefes del ejército y la marina del Perú; los delegados de parlamentos extranjeros, los huéspedes de honor, invitados por el Gobierno, el personal de embajadas y legaciones, los representantes de institutos científicos y literarios.

La sillería del coro, obra maravillosa de talla en madera, situada delante del altar mayor, estaba ocupada por el señor arzobispo de Lima y los obispos de las diócesis peruanas, los numerosos capitulares de la catedral, con sus amplias capas moradas, y los superiores de las órdenes religiosas. Cerca a la puerta mayor, sobre un estrado y dando frente al altar, se hallaban los presidentes del Perú y de Bolivia, con los ministros del despacho ejecutivo. Un gentío apiñado llenaba el resto del sagrado recinto.

En aquel concurso lo que imponía más no era la cantidad sino la calidad de las personas; porque había vencedores en la última guerra universal, estadistas y jurisconsultos, sabios y literatos y poetas de primera talla. La nave semejava un jardín, por la variedad y viveza de los colores, en paños, sedería, áureos bordados, condecoraciones y plumajes. Cuando ocupé el asiento que me señalaron, en segunda fila, frente al púlpito y después de los congresistas colombianos, sentí calofrío.

La misa, al estilo de las de Perosi, compuesta por un sacerdote joven, educado en Roma, fue ejecutada por cerca de doscientos artistas. Después del evangelio, el ilustrísimo señor Farfán, obispo del Cuzco, leyó una

noble oración gratulatoria en que supo combinar la fe y el patriotismo. En el momento de la elevación, las tropas estacionadas en la plaza, rindieron armas; resonaron las cornetas de los infantes, los clarines de la caballería, los pifanos de la Escuela Naval; y todos los concurrentes dentro del templo: católicos, protestantes, griegos ortodoxos, budistas y librepensadores, quebraron la rodilla ante el Señor Dios de los ejércitos, árbitro de la suerte de las naciones.

Terminada la misa, el concurso oficial, desfiló, con rigurosa precedencia protocolaria y por ancha calle de honor, a palacio para saludar al presidente. La ceremonia es análoga a la que se observa con los reyes de España. Al salir, el ministro Lozano nos invitó a Guillermo Valencia, a Saavedra Galindo y a mí a subir a su automóvil. Cuando el carro se puso en movimiento, estalló en la plaza un inmenso aplauso y un ¡Viva Colombia!, que se fueron dilatando a nuestro paso, de calle en calle, en la multitud apretada en las aceras y en los balcones. Paró el auto, y vi flotar sobre la fachada de la Legación nuestra gloriosa bandera tricolor.

Por la tarde, se inauguró en una de las nuevas avenidas la estatua ecuestre del mariscal Sucre, modelada por el escultor nacional Lozano y fundida en esta ciudad. Fue el pago de una deuda de justicia y gratitud al vencedor en Ayacucho, al político sin mancha, héroe sin crueldades, triunfador sin orgullo, luchador sin envidia ni rencores; el más hábil en preparar la batalla, el más arrojado durante ella, el más hidalgo con el vencido después de la victoria. Tocó al señor Arcaya, embajador de Venezuela, el discurso principal. Después de que terminaron los oradores, el ejército desfiló ante la estatua. Hace varios años está enseñado por

oficiales franceses y me pareció muy bien disciplinado. En la caballería me llamaron la atención la alzada, brío y docilidad de los corceles, de razas, según oí decir, chilena y argentina.

A propósito del escultor Lozano, diré a usted que tengo la impresión de que el progreso intelectual corre acá parejas con el adelanto material. Por vía de ejemplos, entre muchos que podrían citarse, tiene el Perú en Hernández, director de la Academia de pintura, un artista de noble inspiración y alta escuela; hay eminentes médicos, y los hospitales y sanatorios son modelos en su clase; los ingenieros y arquitectos han realizado obras de verdadero mérito; hay oradores como Manzanilla, rector de la Universidad de San Marcos, y Arenas Loaiza, de quienes le hablaré más adelante; amén del gran poeta Chocano, todavía más leído y estimado en Colombia que en su propia patria, conocí a José Gálvez, dechado de caballeros, hombre en quien la modestia corre parejas con el mérito, versificador de exquisita delicadeza, y he leído producciones del humorista y crítico Guillén, y me he honrado conociendo a Clemente Palma, literato de veras, hijo del popular don Ricardo, tan saboreado en Colombia. Ni faltan en provincias valiosos ingenios, como el sabroso novelista y sentido poeta de Piura López Albújar.

Hay en Lima muchos excelentes colegios, y escuelas de hombres y mujeres, entre los cuales es digno de especial mención el histórico colegio de Guadalupe. De la Universidad de San Marcos, quizá el más antiguo instituto de América, le informaré en otra carta. Las clases populares son inteligentes y educadas. No he oído por las calles gritos destemplados ni palabrotas inconvenientes. Lo que no sé es qué tan hondo habrá penetrado la cultura intelectual en aquellos pueblos de

la Sierra habitados por la raza incaica, que aún habla el idioma quechua y conserva muchas de las venerables tradiciones de sus mayores.

No creo que el patriotismo y la amistad me ofusquen al decirle que los colombianos han hecho en este centenario un lucidísimo papel. Lozano habló al pie de la estatua de Bolívar, Saavedra Galindo, ante el monumento de Sanmartín, Restrepo en presencia de la efigie de Washington, Jiménez López, al conferir con solemnidad la cruz de Boyacá a los militares peruanos condecorados por el Gobierno colombiano; Valencia, en el recinto del Congreso, donde se concedió asiento y voz a los parlamentarios de las naciones latinoamericanas; nuestro embajador Uribe en la fiesta dada por él al Presidente, y de la cual le hablaré luego. Todos fueron admirados y con grande entusiasmo aplaudidos. Valencia es de los pocos que llevan en las sienes juntamente los lauros de eximio poeta y de orador egregio, y sabe evitar los lugares comunes de que muy pocos alcanzan a librarse. Para mí han sido motivo de intenso regocijo los homenajes tributados a Saavedra Galindo. El general Pershing y Mr. Rowe, presidente de la Unión Panamericana, le escribieron sendas cartas de felicitación; la República Argentina le concedió una condecoración; los representantes oficiales de Colombia ante el Congreso Científico lo eligieron su presidente. Usted, que es caballero y sacerdote, sabe el goce que producen los triunfos de un amigo del alma. Estoy cierto de que los trabajos científicos de los doctores Uribe, Misas y García Samudio serán altamente estimados. Los militares colombianos han producido magnífica impresión.

En la próxima carta le hablaré de otras cosas que he visto y que acaso le interesen. Entre tanto cuente usted con el afecto de su servidor y amigo,

R. M. CARRASQUILLA

## III

Lima, 25 de diciembre de 1924

Señor doctor don Jenaro Jiménez.—Bogotá.

Dilectísimo amigo:

En Lima no se establece diferencia entre la noche y el día, en lo tocante a relaciones sociales. Aquí se almuerza a las dos de la tarde, se toma té a las siete, se sirve la comida a las diez. A poco de mi llegada, asistí a un recibo en el palacio presidencial. El convite era para las once de la noche, pero la mayor parte de los invitados no llegó sino una hora después. Con esta ocasión me cupo la honra de ser presentado a los ministros del despacho ejecutivo, en particular al doctor Alberto Salomón, joven y apuesto canciller de la República, diplomático consumado, presidente del Congreso Científico; al venerable presidente del Senado, don Guillermo Rey, de quien recibí más tarde una altísima distinción que no olvidaré nunca; a don Pedro José Rada y Gamio, alcalde de Lima, ex-ministro de gobierno, senador, factor importante en el progreso de la capital; a varios diputados y senadores, magistrados y generales, sabios y hombres de letras, y a gran número de damas y caballeros de la primera sociedad, cuya gentileza y cordialidad exceden a toda ponderación. Tuve la satisfacción de estrechar la mano a algunos de los ilustres personajes extranjeros, principalmente del mundo americano.

El general Pershing ya cumplió los sesenta y cinco años, pero goza de un vigor físico e intelectual que podrían envidiarle muchos jóvenes. Tiene procera talla y viste invariablemente un modesto uniforme militar de color gris, sin charreteras ni estrellas, franjas ni entorchados. En su trato, tiene la sencillez de un niño. Todo

esto me parece muy natural, porque los grandes no necesitan empinarse. Mr. Rowe, presidente de la Unión Panamericana, es también de una amabilidad exquisita. Aquella noche conocí al señor Caso, de la Academia mexicana, humanista de pro y orador elocuentísimo; al señor Baralt, embajador de Cuba, digno hijo del eminente poeta e historiador venezolano don Rafael María; al profundo y original pensador Cestero, de la república de Santo Domingo; al historiador y diplomático de Venezuela, señor Arcaya; al Ilmo. Granadillo, obispo de Valencia, joven prelado, de magnífico porte, bondadosas maneras, palabra correcta, fácil y abundante; al ex-presidente del Ecuador, Baquerizo Moreno, tan conocido y estimado en Colombia; al reputado canciller don Clemente Ponce; al benemérito general Justo, embajador de la Argentina, y volví a ver con mucho gusto al señor Fosalba, que fue ministro del Uruguay en Colombia. Sé que las demás naciones americanas han enviado representantes no menos conspicuos que los anteriores, pero no he tenido la fortuna de conocerlos y tratarlos de cerca.

En el recibo de que estoy hablando, y en otro que dio el señor Curletti, persona prominente de la sociedad limeña, en honor de los colombianos, observé con viva satisfacción que no se sirven licores embriagantes; y me informan que un hombre que se achispara delante de las damas no volvería jamás a ser invitado y quedaría excluido de todos los círculos sociales.

He asistido a otros dos actos, con suma complacencia. Fue el primero la traslación de los despojos mortales de don Simón Rodríguez, maestro del Libertador Bolívar, del pueblecillo de Amotape, cerca a Paita, al Panteón nacional de los próceres, inaugurado pom-

posamente unos días antes. En esa ocasión había yo pronunciado unas palabras en elogio del patriotismo y de los varones que, hace un siglo, practicaron esta virtud, hasta el heroísmo, hasta la muerte.

La palabra «panteón,» que significó primeramente, conforme a su etimología, el templo que levantó Roma a todos los dioses, y ahora se aplica a un monumento funerario destinado a enterrar varias personas, acaso le haya sugerido a usted la imagen de un vasto recinto, de severa arquitectura, sobrio de adornos, solemne y frío como la muerte. Es todo lo contrario. Se ha destinado a la sepultura de los padres de la patria la iglesia de San Carlos, anexa a la Universidad de San Marcos, sin perjuicio del culto divino, sin ultrajes a los primores del edificio. Es apenas un poco mayor que nuestra capilla del Colegio del Rosario. Usted conoce aquellos juguetes chinoscos, en forma de barcos, torrecillas o pagodas, que parecen hechos de encaje flamenco, que uno no se atreve a tocar por miedo de que se le deshagan en las manos. Pues, algo parecido, pero no de marfil sino de madera y de oro, son el altar, el púlpito y la bóveda de San Carlos. De suerte que los próceres van a seguir reposando allí, como un enjambre de mariposas dormidas en un ramillete de flores. Delante del presbiterio, se abre la entrada circular a la cripta, rodeada de un sencillo antepecho: una imitación en miniatura de la Confesión de San Pedro en Roma.

La personalidad de don Simón Rodríguez, me era conocida, por el erudito libro que publicó hace algunos años el doctor Fabio Lozano y Lozano, secretario de la legación colombiana. Y este excelente amigo fue parte principal en el hallazgo de los restos de aquel sujeto extraordinario, tan diferente del resto del género humano.

Vinieron las cenizas de Rodríguez, de Paita al Callao en el mismo vapor en que llegaron el embajador, los senadores y los militares de Colombia, y todos ellos determinaron, la víspera del desembarque, celebrar unos anticipados funerales, para lo cual pusieron la urna en el salón del buque, sobre un catafalco rodeado de luces y coronas. El presbítero español don Virgilio Santo, cura de Paita y comisionado del Gobierno para traer los restos del maestro, recitó solemnemente las preces del ritual romano y pronunció luego una elegante alocución en que mostró que los sabios y los héroes de la independencia americana son glorias de la raza española y de la Madre Patria que los educó para la libertad. Terminó la sencilla pero conmovedora recordación con una noble poesía de Guillermo Valencia.

En el tránsito del Callao al Panteón y en la ceremonia religiosa se rindieron al finado honores de Presidente de la República. Se le condujo, dentro de ataúd artísticamente labrado y cubierto con la bandera nacional, en la cureña de un cañón, al són de músicas militares, con los disparos de la artillería naval, acompañado del ejército, que llevaba enlutadas las banderas y las armas a la funerala. Ofició en las imponentes exequias el Ilmo. señor Arzobispo, y yo leí en seguida, por comisión del Excelentísimo señor Leguía, una breve oración fúnebre. Cuando se extinguió en las bóvedas el «amén» del último responso, descendió el féretro, a hombros de altos personajes y en medio de profundo silencio, al subterráneo oscuro y frío. Un momento después la iglesia había quedado desierta.

La otra solemnidad de que deseo hablarle fue muy diferente de la anterior. Se trata del banquete y el baile con que obsequió nuestro embajador, doctor Antonio José Uribe, al Presidente de la República, a los perso-

najes nacionales y extranjeros asistentes al centenario y a la nata y flor de la sociedad limeña. Se eligió para este fin el inmenso pabellón de cristales del jardín zoológico y se lo adornó con esplendor. Las damas colombianas acá presentes y todos nuestros compatriotas venidos a esta capital se encargaron de recibir y atender a los invitados.

A las once de la noche entró al comedor el señor Presidente del Perú, a los acordes de nuestro himno nacional, dando el brazo a la esposa del ministro de Colombia, y ocupó el puesto de honor, entre la señora de Lozano y el embajador Uribe, al pie del retrato al óleo de tamaño natural y cuerpo entero, del general José María Córdoba, pintado por Hernández. Se colocaron en los tres costados principales del recinto las doscientas personas de mayor categoría oficial, y otras tantas en el centro, ante mesas separadas, de cuatro o seis asientos. La sala del festín, las anchas galerías circundantes, los bellos jardines que rodean al pabellón, estaban esplendorosamente iluminados; cuarenta criados de librea servían y levantaban los platos, y una numerosa orquesta, instalada en la tribuna superior, llenaba el aire de armonías.

A los postres el doctor Uribe, con voz vibrante, dedicó el banquete en un discurso tan discreto en el fondo como elegante en la forma. El Presidente le respondió en términos de admiración y respeto a nuestra Patria y expresó el voto ferviente porque el tratado de límites entre Colombia y el Perú sea prontamente aprobado por los Congresos de las dos naciones. Ambos discursos fueron fervientemente aplaudidos.

Terminada la comida se retiraron en pocos minutos todas las mesas y la sala quedó amueblada para el sarao. Nuestro embajador impuso entonces en pre-

sencia de todo el concurso, la Cruz de Boyacá al Primer Magistrado, al Canciller y a otros personajes importantes. El señor Leguía, aceptó y agradeció aquella distinción, visiblemente conmovido. Un instante después, y cuando yo me retiré a la casa, estaban entrando las otras seiscientas personas invitadas al baile, que se prolongó hasta el amanecer.

Hoy es pascua de Navidad. La Nochebuena despierta en mi ánimo los más encontrados sentimientos. ¡Cómo no regocijarme cuando por amor a los hombres, nace en un establo el Hijo Unigénito de Dios, que es mi rey y mi padre, mi hermano y amigo, mi maestro y redentor! Renacen en mi mente las dulces memorias de la infancia y de la juventud: la novena del Niño, los villancicos, «el pesebre,» con sus múltiples lucecillas, con sus deliciosos anacronismos, su olor a incienso y a laurel silvestre; la misa del gallo y después la cena, con empanadas y buñuelos. Pero esta fecha es el aniversario de la muerte de mi padre; de los que me acompañaban ahora hace medio siglo no me queda sino un hermano, y estoy separado de él por cerca de mil leguas de distancia. Hoy dije la misa en el saloncito de mi departamento, en presencia del doctor Lozano y su familia, y le pedí mucho a Dios por nuestra Patria, cuyo amor se aviva con la ausencia; por el Colegio del Rosario y todos sus hijos; por todos aquellos a quienes me ligan la sangre, la amistad o la gratitud. Entre ellos usted ocupa uno de los lugares preferentes en el corazón de su afectísimo,

R. M. CARRASQUILLA

